



PALMA DE MALLORCA.—La Catedral.

encierra considerable suma de edificaciones seculares en las que culmina un arte maravilloso, paradigma del genio creador hispánico por su gracia estética y su medular vigor racial, cuya contemplación nos hace evocar, inexcusablemente, otros nombres nimbados por la gloria en el ineluctable discurrir del tiempo.

Las constantes históricas y biológicas del progreso ofrecerían una falla de razón operante en punto al patrimonio tradicional si en Palma no hubiera cristalizado el Arte con espléndida floración, como corresponde a la que fué, más que antepuerta de Iberia, encrucijada de las invasiones que determinaron la formación étnica de la raza. Mallorca no pudo sustraerse al influjo de tan dispares elementos que crearon estratos civilizadores como los que aun ofrecen en ella sus admirables vestigios. Acaso no haya hoy en día región que conserve coexistente suma gradativa tan completa, desde la maravillosa espelunca y el impresionante monumento megalítico—pronuncios de la época aborígen en que la conocida habilidad especial de sus habitantes creó, con el verbo griego *ballein*, el apelativo del archipiélago— hasta las postreras plasmaciones renacentistas. No es extraño, pues, que si hace algún tiempo fué Meca del turismo recobre ahora tan merecido rango.

En la capital es de admirar no sólo su conjunto acabadísimo de monumentos, difícil de presentir para quien

acerca de él no tenga información previa, que hasta creería inverosímil existiera apartado del núcleo peninsular—conjunto representativo de los grandes estilos artísticos, principalmente el gótico— sino otros aspectos que proclaman la belleza de la ciudad, por virtud de lo cual tan excelente impresión produce en el viajero desde el primer momento. No es extraño que un escritor tan ilustre como Miguel S. Oliver dijera a propósito de esto: “Intérnese el visitante por el barrio de la Almudaina y la catedral, y si sabe escudriñar los zaguanes de las casas nobiliarias, si le impresiona el eco de sus propias pisadas resonando en una plaza desierta y solemne, en una calle de retablo y farolillo; si despierta en su alma alguna emoción de quietud y aplacamiento aquella soledad entre levítica y señorial, entonces no será para él tiempo perdido el de sumergirse en el silencio casi pitagórico que emana de la vieja ciudad, contra el cual parece que llega a romperse y estrellarse la marea de las inquietudes continentales. Entonces, en uno de esos momentos de grata abstracción que constituyen la verdadera delicia del viajero, llegará a revelársele todo el misterio e intimidad del alma mallorquina, suave, contemplativa y armónica. Admirará los viejos caserones, con sus patios de comedia de capa y espada, con sus fuentes de herraje bizarramente retorcido en hojarasca, con sus balcones salientes y ventrudos que hablan a la imaginación de